

menos novedosos) que hace tres décadas; por la otra cara, y como consecuencia de lo anterior, el hecho que esta poca optimidad lo hace propender al estrechamiento referencial de la historia, a tal punto que prefiere lo estrictamente relacionado con el sujeto (léase, personaje).

Es verdad que el neorrealismo sigue predominando en los cuentos del mismo Jara, de Motta Zamalloa, Andrés Cloud, Rosas Paravicino y Zein Zorrilla, con la variación tal vez que el referente ya no es el urbano, como en los '50, sino rural. Sin embargo, la dominante subjetivista parece imponerse, hospedar las atmósferas de los relatos de Adolph, Oscar Araujo, Dante Bobadilla, Luis Rey de Castro, Roberto Reyes Tazazona (2do. premio compartido), con una nota humorística en Ambrosio Malpartida y más bien evocativos y fraguados a partir de cierto argumento que podría llamarse intrahistórico en los cuentos de Róger Díaz Arrué, César Franco Cortes, Fernando Iwasaki (3er. premio). La vertiente denominada marginal de nuestra narrativa, es decir, la fantástica, cobra cultores con las narraciones de Cuadros Román y Federico de Cárdenas, por ahora con resultados demasiado parcos. Menciones apartes reclaman el cuento de Iván Orbegoso Aponte (el finalista más joven del concurso COPE), que partiendo en una dirección introspectiva desemboca, no obstante, en otra de aguda crítica social, y el imbuido de un objetivismo psicologista como el de Jorge Valenzuela. Los cuentos de Arnaldo Panaífo Teixeira (2do. premio compartido) y Alejandro Estrada Mesinas son los más novedosos: sea con la opción de la conciencia mítica situando una historia y un espacio amazónicos, en el primero; sea con la apertura a la ciencia ficción y a componentes de la cibernética en el tejido argumental de la historia, en el segundo.

Al confrontar en bloque nombres y producciones de este volumen hay la franca impresión de la presencia de nuevos narradores insertos en una narrativa que no es precisamente nueva. Pese a todo, y confiando que el momento semeje realmente un período transicional, remarquemos que en términos globales el panorama es alentador cuando existen autores que están saliendo de inéditos con cuentos bastante logrados. Es el caso de Díaz Arrué que, junto con el de Estrada Mesinas, debió merecer mejor suerte (en todo caso sus cuentos son tan buenos o superiores al cuento del tercer premio). Otros aún tendrán que afinar mejor el sistema lingüístico-estilístico, permeabilizarse a la influencia de procedimientos menos trajinados y desterrar

el sabor de permanencia, de confinamiento procesal, que esta IV Biental nos sugiere.

Paul Llaque Minguillo

**Yauri Montero, Marcos: *Así que pasen los años*, Ediciones Piedra y Nieve, Lima, 1985, 174 pp.**

Esta novela de Marcos Yauri Montero (Huarás, 1930) de singular nombre ha sido merecedora del Premio Extraordinario Gaviota Roja, uno de los más importantes galardones para la narrativa actual, con lo que su autor silenciosa pero efectivamente incrementa lauros que contrariamente no lo alejan del anonimato lamentablemente en que cierta crítica oficiosa postra a los escritores de estirpe popular.

Luego de *En otoño, después de mil años* (Premio Casa de las Américas, 1974) y de *La sal amarga de la tierra* (Premio Nacional de Novela, 1968) Yauri Montero nos ofrece otro texto premiado (*María Colán, Mañana volveré y El regreso del paraíso* —su breve gran obra— son sus otros títulos éditos) que debe su nombre a un verso del gran poeta griego Giorgos Seferis.

*Así que pasen los años* marca una variación interesante en la producción del autor que se aleja del eje temático vigente en su narrativa anterior, que le otorgaba una peculiar característica a su labor creativa, esto es de la problemática estrictamente social del ande peruano inserto en una visión esencialmente mestiza que testimonia relaciones históricas con marcado acento simbólico. En tal sentido la novela que reseñamos ofrece una apertura en el proceso particular del autor y un reto, pues, al haber cimentado sus méritos en una prosa cercana a las raíces realistas y de innegable hondura poética muy vinculada al universo referente que manejaba, la opción de brindar nuevos personajes y conciencias siempre pone en juego la estructura íntima del arsenal lingüístico de todo escritor.

Sin embargo vemos con agrado que Yauri Montero ha sorteado con éxito la prueba al recurrir a un narrador omnisciente y una linealidad temporal que le acerca a la tradición pasada pero que permite, eficientemente, desatar todo un universo de voces, conciencias, enriqueciendo con un fluyente espectro simbólico cada suceder, al intuirse un sordo misterio que es la clave de la realidad, contrariamente a su apariencia. Así descubrimos la validez del uso de un "yo narrador" que libremente discurre

entre los personajes como único guía capacitado y la interiorización pierde esa fría perspectiva intelectualizada que deslumbra en su técnica, pero resta humanidad a los personajes.

Yauri Montero maneja así personajes contrarios a su universo anterior, sin perder el tono sentido que otorga a sus protagonistas ternura y verosimilitud. La pareja, el estudiante o el profesor ilustran lo dicho.

Este cambio sin embargo significa, al mismo tiempo, el asentamiento de ciertas características anteriores: la acción argumentalmente está ligada al Callejón de Huaylas como en sus libros iniciales, cuyos logros principales hallan una confirmación categórica; también la acertada narración y descripción adquiere en diversos momentos la sencillez concisa que le permite captar en detalles, en breves trazos, la esencialidad del paisaje y de la atmósfera. En tal sentido el retorno del personaje que es escritor a la tierra que su padre había amado está sostenido, en el plazo del contenido profundo, por la sólida vigencia de lo mejor de la prosa anterior del enunciante del discurso.

Aparentemente el hecho de que uno de los protagonistas centrales sea un escritor no tiene que ver con el autor, con el enunciante real del discurso narrativo, pero una lectura sutil deja entrever cierto juego sugerido para quien sigue la evolución de Yauri Montero, que en última instancia solo confirma el universo de claves que puede propiciar su prosa abierta en esta novela.

*Así que pasen los años* de Marcos Yauri Montero se presenta así como una novela de aristas variadas y sugerencias múltiples, que constituye un avance en el desarrollo personal de su autor y un importante enriquecimiento de su narrativa, con lo que su lectura se hace necesaria dentro de un proceso de revalorización de los escritores populares que, como es el caso del autor de esta novela reseñada, andan marginados de los merecimientos que por dedicación y constancia hace tiempo han debido de disfrutar.

Miguel Angel Huamán V.

**Reyes Tarazona, Roberto: Los verdes años del billar. Lima, Amaru Editores, 1986; 249 pp.**

Camino al siglo XXI el Perú y toda América Latina, en el contexto de una humanidad llena

de incertidumbre, se ha adaptado a un ritmo de vida cuyos matices excesivos se perciben como naturales, perdidos en la memoria de una juventud nacida en medio de cambios dolorosos y convulsas confrontaciones entre extremos. Violencia y esperanza, miseria y despilfarro, radicalismo y reformismo son algunas de las formas cotidianas de nuestro oscilar entre interrogantes la mayoría de las veces irresueltos. No extraña entonces la voluntad de rescatar en las décadas anteriores aquel hilo conductor, aquella bisagra a partir de la cual se apreció la vida distinta. Repensar la Historia reciente se vuelve así, para la vanguardia social *ad portas* de asumir el relevo en los organismos políticos de gobierno, una necesidad, una urgencia de retomar su propia continuidad en el espejo de su proceso, indispensable para enfrentar con posibilidades de éxito los retos cercanos.

Para dicha asimilación de la experiencia social resulta insuficiente el repetir exclusivamente las modificaciones que se reconocen como propias de este tiempo, es decir: la variación del perfil social de nuestra patria, con una presencia aglutinante de los sectores populares; la consolidación de la fuerza política de izquierda; la conquista de una pluralidad cultural, consecuencia de la migración y la irrupción de las minorías; la crisis económica detonante, que tiñe de confrontaciones singulares la vida civil a través, no sólo de marchas, mítines, tomas de fábricas o huelgas, sino también del terror o la violencia, la corrupción administrativa y política.

La sociedad en su conjunto se aboca a la tarea de descifrar nuestra realidad actual, mediante su intelectualidad, la universidad, los profesionales e investigadores y el propio hombre trabajador que se pregunta por lo nuevo o constante de su vida, sobrevivencia mejor, de cada mañana. En esta búsqueda el papel que le corresponde jugar a la Literatura es insoslayable. De la misma manera como es imposible entender el Perú de este siglo sin un José Carlos Mariátegui o un Jorge Basadre, también es difícil hacerlo sin un Vallejo o Arguedas.

En este terreno, sin embargo, era posible apreciar un cierto desfase entre la realidad y el discurso literario que se estructura a partir de ella. Luego de las grandes novelas del sesenta (*Conversación en la Catedral*, *En Octubre no hay milagros* o *El zorro de arriba y el zorro de abajo*) no se había producido ni el sesenta, ni en lo que va del ochenta, una obra que recogiera las nuevas formas sociales de la experiencia histórica, como si la crónica o el testimonio dentro del